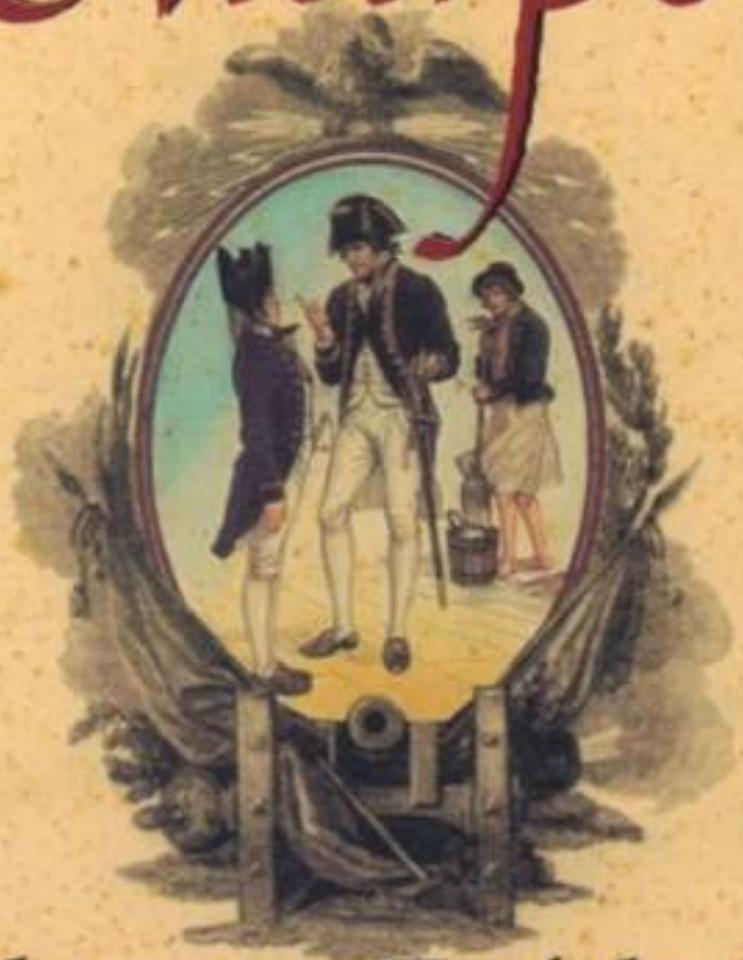


Sharpe



Sharpe en Trafalgar

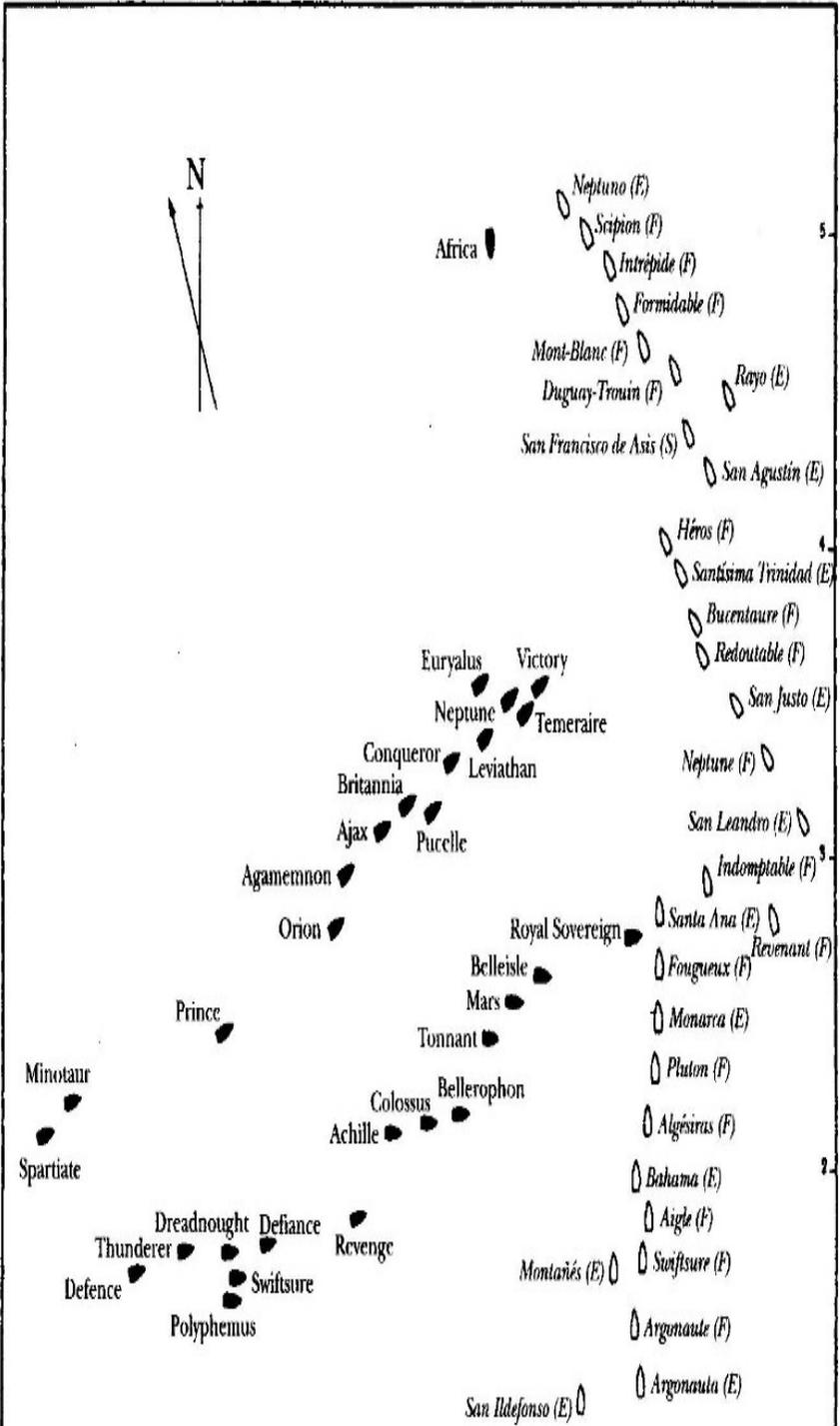
Bernard Cornwell

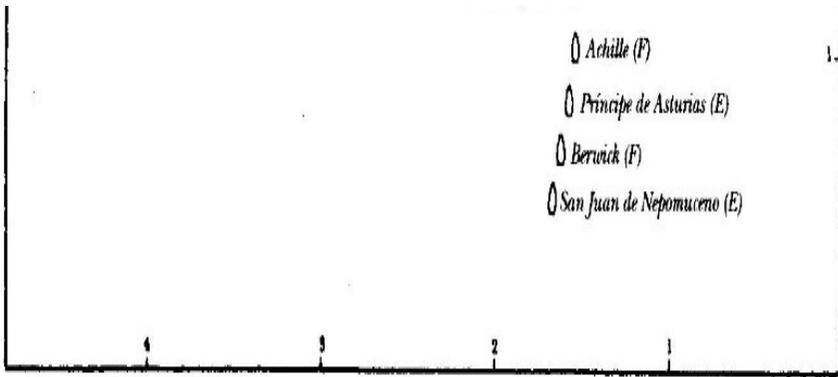
El fusilero Richard Sharpe es sin duda uno de los oficiales más temibles de cuantos intervinieron en las guerras napoleónicas. Su escaso respeto por la disciplina, su nobleza y su temeridad le convierten en un adversario impredecible dispuesto a las más arriesgadas acciones, y su periplo por una Europa desgarrada por la guerra constituye la recreación más emocionante de un período de la historia que cambió la faz del mundo. Cornwell traslada al lector al corazón de unos acontecimientos apasionantes, le hace partícipe de las más grandes batallas... En las páginas de estos libros puede percibirse aún el acre olor de la pólvora.

El 21 de octubre de 1805, el almirante Nelson obtuvo en Trafalgar una resonante victoria sobre la armada combinada franco-española comandada por Villeneuve. Y el fusilero Richard Sharpe, en viaje a Londres procedente de la India, allí estaba. Una sucesión de emocionantes e inesperadas aventuras, en las que se entremezclan la traición, la cobardía y la codicia, desembocan en un espléndido relato de la batalla de Trafalgar. Una nueva oportunidad para que el audaz fusilero dé muestras de su ingenio y valentía y, en esta ocasión, ponga a prueba una nueva arma.

La versión de Cornwell de la que posiblemente sea la más célebre batalla naval de todos los tiempos destaca por su brutalidad, su precisión en el detalle, su fidelidad a los hechos y por la creación de suspense.

Sharpe en Trafalgar va dedicado a Wanda Pan,
Anne Knowles, Janet Eastham, Elinor y
Rosemary Davenhill y Maureen Shettle.





La batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805).

Las flotas antes de entrar en combate

● Flota británica

○ Flota combinada francesa (F) y española (E)

CAPÍTULO 1

—Ciento quince rupias —dijo el alférez Richard Sharpe, contando el dinero que había sobre la mesa.

Nana Rao farfulló unas palabras de desaprobación, traqueteó algunas cuentas por las barras de alambre de su ábaco y negó con la cabeza.

—Ciento treinta y ocho rupias, *sahib*.

—¡Ciento quince, maldita sea! —insistió Sharpe—. Eran catorce libras, siete chelines y tres peniques y medio.

Nana Rao examinó a su cliente mientras consideraba si continuar o no con la discusión. Vio a un joven oficial, un simple abanderado sin importancia, pero aquel humilde inglés tenía un rostro de expresión muy dura, con una cicatriz en la mejilla derecha, y no demostraba ningún temor ante los dos descomunales guardaespaldas que protegían a Nana Rao y su almacén.

—Ciento quince, como usted diga —admitió el mercader, y barrió las monedas con la mano para meterlas en una gran caja negra donde guardaba el dinero. Se encogió de hombros como para disculparse ante Sharpe—. Me hago viejo, *sahib*, ¡y me encuentro con que no sé contar!

—Claro que sabe contar —respondió Sharpe—, aunque piensa que yo no...

—Pero seguro que quedará muy satisfecho con sus compras —dijo Nana Rao, porque Sharpe se acababa de convertir en el poseedor de una cama colgante, dos mantas, un arcón de viaje de teca, un farol y una caja de velas, un tonel de *arrack*, un balde de madera, una caja de jabón, otra de tabaco y un aparato para filtrar hecho de latón y

madera de olmo que, según le habían asegurado, convertía el agua de los más sucios barriles almacenados en lo más hondo de la bodega de un barco en el más dulce y agradable de los líquidos.

Nana Rao había hecho una demostración de cómo usar el filtro y le había asegurado que lo habían traído desde Londres como parte del equipaje de un directivo de la Compañía de las Indias Orientales que había insistido en que su equipo fuera de la mejor calidad.

—Usted pone el agua aquí, ¿lo ve? —El mercader había vertido aproximadamente una pinta de agua turbia en el compartimento superior de latón—. Y entonces deja que el agua se aclare, señor Sharpe. En cinco minutos será transparente como el cristal. Observe, observe. —Levantó el compartimento superior para mostrar que el agua chorreaba por las apretadas capas de muselina del filtro—. Yo mismo he limpiado el filtro, señor Sharpe, y le garantizo la eficacia del artículo. Sería una pena lamentable que muriera de oclusión intestinal a causa del lodo por no haber comprado este trasto.

De modo que Sharpe lo compró. No quiso adquirir una silla, una librería, un sofá ni un lavabo, piezas de mobiliario todas ellas que habían utilizado los pasajeros que habían hecho el viaje de Londres a Bombay, pero sí pagó por el aparato de filtrar y todos los demás artículos, porque de lo contrario su travesía de regreso a casa sería terriblemente incómoda. Los pasajeros del gran barco mercante de la Compañía de las Indias Orientales tenían que proveerse ellos mismos de mobiliario.

—A no ser que quiera usted dormir en cubierta, *sahib*. ¡Es muy duro! ¡Muy duro! —Nana Rao se rió. Era un hombre regordete y de apariencia amistosa, con un largo bigote negro y sonrisa fácil. Su negocio consistía en comprar el mobiliario de los pasajeros que llegaban, para luego vendérselo a los que regresaban a casa—. Usted deje la mercancía aquí —le dijo a Sharpe— y el día que tenga que em-

barcar, mi primo se la entregará en el barco. ¿Cuál es su barco?

—El *Calliope* —respondió Sharpe.

—¡Ah! ¡El *Calliope*! El capitán Cromwell... Lamentablemente el *Calliope* está anclado en el fondeadero, así que las mercancías deberán transportarse hasta él en bote, pero mi primo cobra muy poco por un servicio de este tipo, señor Sharpe, muy poco, y cuando usted haya llegado felizmente a Londres podrá vender los artículos y sacar unos buenos beneficios.

Lo cual podría ser o, más probablemente, no ser verdad, aunque al final resultó irrelevante porque aquella misma noche, dos días antes de que Sharpe embarcara, el almacén de Nana Rao ardió hasta quedar reducido a cenizas y toda la mercancía (camas, librerías, faroles, filtros de agua, mantas, cajas, mesas y sillas, el *arrack*, jabón, tabaco, brandy y vino) supuestamente se consumió con él. Por la mañana no quedaban más que cenizas, humo y un grupo de dolientes chillones que lamentaban que el bondadoso Nana Rao hubiera muerto en el incendio. Por suerte había otro almacén, situado a menos de trescientos metros del arruinado negocio de Nana Rao, que estaba bien surtido con todo lo necesario para el viaje, y este segundo almacén sí hizo un negocio estupendo cuando los contrariados pasajeros hubieron de reemplazar sus artículos desaparecidos a unos precios que casi duplicaban lo que Nana Rao les había cobrado.

Richard Sharpe no compró nada en aquel segundo almacén. Llevaba cinco meses en Bombay y la mayor parte de ese tiempo se lo había pasado temblando y sudando en el hospital del castillo. Sin embargo, cuando la fiebre remitió, y mientras aguardaba la llegada del convoy anual procedente de Gran Bretaña con el barco que lo debía llevar a casa, se había dedicado a explorar la ciudad, desde las ricas viviendas de las colinas malabares hasta los pestilentes callejones cercanos a los muelles. En aquellos callejones

había encontrado compañía, y fue uno de esos conocidos quien, a cambio de una guinea de oro, le proporcionó a Sharpe una pizca de información que, en opinión del alférez, valía mucho más de una guinea. En realidad valía ciento quince rupias, y por ese motivo al caer la noche Sharpe se encontraba en otro callejón de las afueras del lado oeste de la ciudad. Vestía su uniforme, aunque encima se había puesto una envolvente capa hecha de arpillera barata, que estaba abundantemente impregnada de barro y mugre. Caminaba cojeando y arrastrando los pies, con el cuerpo inclinado y una mano extendida como si estuviera mendigando. Iba rezongando para sí mismo y sacudiéndose, y a veces se daba la vuelta y le gruñía a algún incauto sin ningún motivo aparente. Pasó totalmente inadvertido.

Encontró la casa que buscaba y se sentó en cuclillas junto a la pared. Una veintena de mendigos, algunos de ellos horriblemente mutilados, se agrupaba al lado de la puerta junto con casi un centenar de solicitantes que esperaban a que el propietario de la casa, un adinerado mercader, regresara de su lugar de negocios. El mercader llegó cuando ya había anochecido, montado en un palanquín encortinado que transportaban ocho hombres, mientras otra docena de ellos iba apartando a los mendigos a golpes con unos palos largos. Sin embargo, cuando el palanquín del mercader estuvo a salvo dentro del patio, las puertas se dejaron abiertas para que los solicitantes y los mendigos pudieran entrar. A los mendigos, y a Sharpe entre ellos, los empujaron a un lado del patio, y en cambio los peticionarios se agruparon al pie de los anchos peldaños que ascendían hasta la puerta de la casa. De los cocoteros que se arqueaban por encima del patio colgaban unos faroles, mientras que en el interior de la gran casa la débil luz de las velas brillaba tras los postigos de filigranas. Sharpe, abriéndose camino a empujones, se acercó todo lo que pudo a la casa y permaneció en la sombra junto a los troncos de las palmeras. Bajo la capa grasienta, llevaba su sable de caballería

y una pistola cargada, aunque esperaba no necesitar ninguna de las dos armas.

El mercader, que se llamaba Panjit, hizo esperar a los solicitantes y mendigos hasta que se hubo tomado la cena. Entonces se abrió la puerta de la casa y Panjit, resplandeciente en una larga túnica de seda amarilla bordada, apareció en lo alto de la escalera. Los solicitantes empezaron a decirle cosas en voz alta y los mendigos avanzaron arrastrando los pies hasta que los palos de los guardaespaldas los hicieron retroceder. El mercader sonrió y luego hizo sonar una campanilla para captar la benevolencia de un dios pintado con vivos colores ubicado en una hornacina del muro del patio. Panjit hizo una reverencia ante el dios y entonces, en respuesta a los ruegos de Sharpe, un segundo hombre, vestido con una túnica de seda roja, salió por la puerta de la casa.

Ese otro hombre era Nana Rao. Lucía una amplia sonrisa; no es de extrañar, pues no había sufrido los estragos del fuego y, tal como había revelado la guinea de Sharpe, también era primo hermano de Panjit, que era el mercader que tanto se había beneficiado al poseer el segundo almacén que había repuesto las mercancías supuestamente destruidas en el desastroso incendio de Nana Rao. Todo había sido un ingenioso engaño que había permitido a los primos vender los mismos artículos dos veces. Aquella noche, ahítos de sus pingües beneficios, estaban eligiendo a los hombres a quienes se les daría el lucrativo trabajo de llevar a remo a los pasajeros con sus pertenencias hasta los grandes barcos que permanecían en el fondeadero. Los elegidos debían pagar por aquel privilegio, enriqueciendo así aún más a Panjit y Nana Rao, y los primos, conscientes de su buena fortuna, pensaban ganarse la benevolencia de los dioses distribuyendo unas insignificantes monedas entre los mendigos. Sharpe pensó que podía acercarse a Nana Rao como suplicante y luego despojarse de la mugrienta capa y avergonzar al hombre de tal manera que le devolviera su

dinero. Los guardaespaldas de aspecto feroz que se hallaban al pie de los escalones sugerían que su pobre plan podría resultar más complicado de lo que él preveía, pero Sharpe supuso que Nana Rao no querría que su engaño saliera a relucir, por lo que probablemente no tendría inconveniente en pagarle.

Sharpe estaba ahora más cerca de la casa. Se había fijado en que habían llevado el palanquín a un estrecho y oscuro pasaje que corría junto al edificio y que al parecer desembocaba en un patio situado en la parte trasera de la casa, y estaba considerando la idea de avanzar por aquella calleja y luego volver por el interior del edificio y acercarse a Nana Rao por la espalda, pero los guardaespaldas hacían retroceder a golpes a todos los mendigos que se aventuraban a acercarse al pasaje. A los solicitantes se les dejaba subir por los escalones en pequeños grupos, pero los mendigos tenían que esperar hasta que terminara el negocio principal de la noche.

Sharpe se imaginó que aquélla sería una larga noche, pero se resignó a esperar, con la capucha de la capa echada por encima del rostro. Se agachó junto a la pared a observar, al acecho de una oportunidad para meterse corriendo en el pasaje que avanzaba junto a la casa, pero entonces un criado que había estado vigilando la puerta exterior se abrió paso a empujones entre la multitud y le dijo algo al oído a Panjit. Por un instante el mercader pareció alarmado y se hizo el silencio en el patio, pero entonces le susurró algo a Nana Rao, que se limitó a encogerse de hombros. Panjit dio unas palmadas y les soltó unos gritos a los guardaespaldas, que hicieron retroceder enérgicamente a los solicitantes para que abrieran un paso entre la puerta y los escalones. Estaba claro que alguien venía a la casa, y Nana Rao, nervioso ante su aparición, se sumergió en la negra sombra de la parte trasera del porche.

Ahora Sharpe tenía el camino despejado para meterse en el pasaje próximo a la casa, pero curiosamente se que-

dó donde estaba. Se oyó un alboroto procedente del callejón, parecido a los abucheos y el barullo que siempre acompañan a un grupo de agentes de policía cuando recorren las calles menores de Londres. Entonces la puerta exterior se abrió del todo y Sharpe no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando asombrado.

En la puerta había un grupo de marineros británicos a las órdenes de un capitán de la marina (nada menos que un capitán), que iba impecable, con bicornio, levita azul, bombachos y medias de seda, zapatos con hebilla de plata y una fina espada. La luz de los faroles se reflejaba en el cordón dorado de sus charreteras gemelas. Se quitó el sombrero, dejando al descubierto un espeso cabello rubio, sonrió e hizo una reverencia.

—¿Tengo el honor —preguntó— de haber llegado a la casa de Panjit Lashti?

Panjit asintió con un cauteloso movimiento de cabeza.

—Sí, ésta es su casa —dijo en inglés.

El capitán de la marina se volvió a poner el sombrero.

—He venido —anunció con una voz amistosa que tenía un marcado acento de Devonshire— a buscar a Nana Rao.

—No está aquí —contestó Panjit.

El capitán dirigió una rápida mirada a la figura con la túnica roja entre las sombras del porche.

—Su fantasma ya nos sirve.

—Ya se lo he dicho —dijo Panjit, y el desafío hizo que su voz sonara enojada—. No está aquí. Está muerto.

El capitán sonrió.

—Me llamo Chase —dijo con cortesía—, capitán Joel Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, y le agradecería mucho que Nana Rao viniera conmigo.

—Su cuerpo fue incinerado —declaró Panjit, furioso— y sus cenizas se arrojaron al río. ¿Por qué no lo busca allí?

—No está más muerto que usted o que yo —replicó Chase, y con una señal de la mano indicó a sus hombres que avanzaran. Había llevado consigo a una docena de ma-

rineros, todos vestidos de forma idéntica, con pantalones blancos de dril, holgadas camisas blancas y unos sombreros de paja endurecidos con brea y ceñidos con unas cintas rojas y blancas. Iban peinados con largas coletas y llevaban unos palos gruesos que Sharpe supuso que eran barras de cabrestante. Su líder era un hombre enorme cuyos antebrazos desnudos estaban llenos de tatuajes; a su lado había un negro, igual de alto que él, que empuñaba la barra de cabrestante como si fuera un bastón de mando de avellano —. Nana Rao —Chase dejó de fingir que el mercader estaba muerto—, me debe usted un montón de dinero y he venido a buscarlo.

—¿Con qué autoridad se presenta usted aquí? —quiso saber Panjit. La multitud, que en su mayoría no entendía el inglés, observaba a los marineros con nerviosismo, pero los guardaespaldas de Panjit, que superaban en número a los hombres de Chase e iban igual de bien armados, parecían ansiosos por lanzarse sobre los marineros.

—Mi autoridad —dijo Chase presuntuosamente— es mi monedero vacío. —Sonrió—. Seguro que no desea que utilice la fuerza, ¿verdad?

—Utilice la fuerza, capitán Chase —respondió Panjit con la misma presuntuosidad—, y al amanecer se verá usted ante un juez.

—Acudiré gustosamente a los tribunales —replicó Chase— siempre y cuando Nana Rao esté a mi lado.

Panjit agitó las manos como si ahuyentara a Chase y a sus hombres para que se fueran de su patio.

—Usted va a marcharse, capitán. Usted va a marcharse de mi casa ahora mismo.

—Me temo que no —dijo Chase.

—¡Váyase! ¡O llamaré a las autoridades! —insistió Panjit. Chase se volvió hacia el enorme hombre tatuado.

—Nana Rao es ese bastardo del bigote y la túnica de seda roja, contraamaestre. Cójalo.

Los marineros británicos se abalanzaron hacia delante, entusiasmados ante la oportunidad de una pelea, pero no menos ansiosos estaban los guardaespaldas de Panjit, de modo que los dos grupos se encontraron en el centro del patio con un escalofriante entrecuchar de palos, cráneos y puños. Al principio los marineros fueron los mejor parados, pues habían embestido con tal ferocidad que habían hecho retroceder a los guardaespaldas hasta el pie de los escalones, pero los hombres de Panjit eran más numerosos y estaban más acostumbrados a las luchas con aquellos largos garrotes. Se agruparon en las escaleras y utilizaron los palos como si fueran lanzas para enredarlos en las piernas de los marineros y, uno a uno, los hombres con coleta tropezaron y fueron abatidos. El contraamaestre y el negro fueron los últimos en caer. Intentaron proteger a su capitán, que se valía de sus puños con destreza, pero por desgracia los marineros británicos habían subestimado a sus oponentes y ya no tenían nada que hacer.

Sharpe se desplazó sigilosamente hacia las escaleras, apartando a los mendigos a codazos. La multitud abucheara a los derrotados marineros británicos, Panjit y Nana Rao se reían, en tanto que los solicitantes, envalentonados por el éxito de los guardaespaldas, se empujaban los unos a los otros para poder pegarles una patada a los hombres caídos. Algunos guardaespaldas lucían los sombreros alquitranados, y otro se pavoneaba triunfalmente con el bicornio de Chase en la cabeza. Habían hecho prisionero al capitán: dos hombres lo tenían inmovilizado sujetándolo por los brazos.

Uno de los guardaespaldas se había quedado con Panjit y advirtió que Sharpe se dirigía hacia los escalones. Bajó tras él a toda prisa, gritándole a Sharpe que debía retroceder, y cuando vio que el mendigo con capa no obedecía intentó propinarle un puntapié. Sharpe agarró el pie de aquel hombre y lo empujó hacia arriba, de manera que éste cayó de espaldas y su cabeza golpeó contra el primer escalón

con un horrible golpe sordo que pasó desapercibido en medio de aquella ruidosa celebración de la derrota británica. Panjit gritaba pidiendo silencio, con las manos en alto. Nana Rao se reía y sus hombros temblaban con el júbilo. Mientras tanto, Sharpe permanecía en la sombra de los arbustos a un lado de la escalera.

Los victoriosos guardaespaldas empujaron a los solicitantes y a los mendigos para apartarlos de los magullados y ensangrentados marineros que, desarmados, lo único que podían hacer era observar cómo a su despeinado capitán lo conducían ignominiosamente y a empellones hacia el pie de la escalera. Panjit meneó la cabeza con fingida tristeza.

—¿Qué voy a hacer con usted, capitán?

Chase se soltó las manos de una sacudida. Su cabello rubio estaba oscurecido por la sangre que le bajaba en un hilo por la mejilla, pero aun así se mostró desafiante.

—Le sugiero —dijo— que me entregue a Nana Rao y que le rece al dios en quien confíe, sea cual sea, para que no lo lleve ante los jueces.

Panjit pareció afligido.

—Será usted, capitán, quien vaya a los tribunales —dijo él—, ¿y qué imagen va a dar con ello? ¿El capitán Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, condenado por entrar por la fuerza en una casa particular y armar camorra como un borracho? Creo, capitán Chase, que será mejor que usted y yo discutamos los términos de un acuerdo para evitar semejante destino. —Panjit aguardó, pero Chase no dijo nada. Era un hombre derrotado. Panjit miró con el ceño fruncido al guardaespaldas que tenía el sombrero del capitán y le ordenó que se lo devolviera. Acto seguido sonrió—. Yo deseo evitar un escándalo tanto como usted, capitán, pero yo voy a sobrevivir a cualquier escándalo que suscite este triste asunto, y en cambio usted no. Así pues, creo que sería mejor que me hiciera una oferta.

Un fuerte chasquido interrumpió a Panjit. No fue un único chasquido, sino algo más parecido a un fuerte chirrido